



Max Reinhardt



André Antoine.

ANTOINE Y MAX REINHARDT

Por

LUIS ESCOBAR

CON poca diferencia en el tiempo, han desaparecido dos grandes astros de la bóveda teatral: Antoine y Max Reinhardt; los dos tenían esa señal con que el arte del teatro marca a sus elegidos; esa aptitud múltiple para cosas que parecen distintas y que, sin embargo, se reúnen en el esfuerzo teatral; los dos han sido actores y directores y los dos han seguido ciegamente esa extraña llamada que es la vocación por el teatro, que exige el don total del individuo casi más que ninguna otra carrera.

Por el año 85, un empleadillo de la Compañía de Gas llamado André Antoine se sentía devorado por la pasión del teatro. Dividía sus ocios entre los cursos de Declamación, las clases del Conservatorio, el hacer de figurante en la comedia francesa y trabajar en la Agrupación teatral del Círculo Galo, donde, como en todas estas Agrupaciones, se representaban las obras de éxito en los bulevares, copiando todo lo malo al uso, ya que lo bueno no había por qué, puesto que no eran profesionales.

Los esfuerzos de Zola, de los Goncourt, de Daudet, para sacar al teatro de la rosada media tinta en la que se encontraba desde la decadencia del romanticismo, habían resultado infructuosos. El público de teatro no entraba todavía por el aro del naturalismo, pasado ya en algunas artes, como la novela, y sin pasar aún en otras, como la pintura. A los pintores que seguían la nueva tendencia se les llamaba por mofa «impresionistas», y las personas serias se divertían mucho riéndose de ellos.

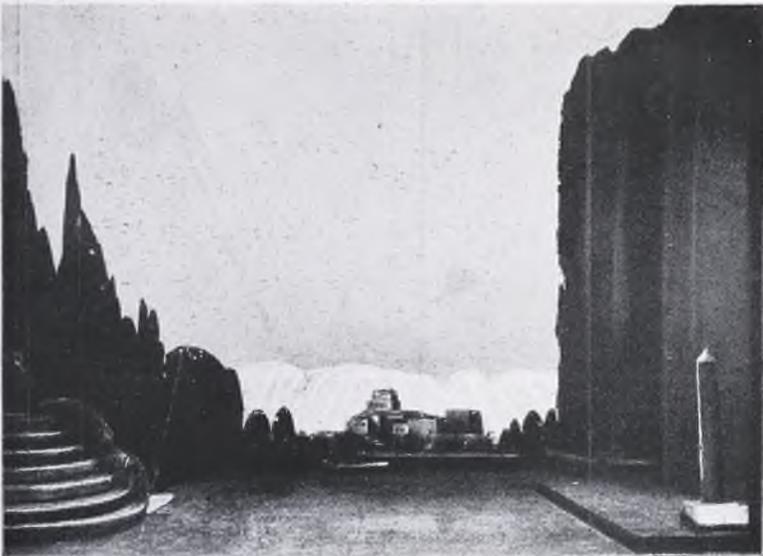
Sin embargo, estas extrañas teorías iban prendiendo en la cabeza del joven Antoine; entrevió horizontes, presiente ideas y adivina, sobre todo, que con el teatro «al uso» no hay nada que hacer. Un buen día propone a los actores del Círculo Galo el estrenar un espectáculo en lugar de atenerse a refritos del teatro comercial. Al buen señor Krauss, que presidía los destinos de la Agrupación, creyó que le iba a dar un ataque de apoplejía. ¿Cómo se entiende? ¿No se ha repetido hasta la saciedad que es mejor lo malo conocido?... Pero ya los actores están ganados por el impulso de Antoine. La fortuna les trae cuatro obras en un acto; ya tienen primer espectáculo. Se ensaya febrilmente en un figón, y por fin, en marzo de 1887, en una sala del pasaje de Bellas Artes, nace el Teatro Libre.

La crítica, en casi su totalidad, brilló por su ausencia. Se publicaron, sin embargo, algunos artículos favorables, se habló lo bastante para que un mes después el segundo espectáculo alcanzara un éxito sensacional ante el «todo París» de las grandes solemnidades. Y así comenzó una de las más brillantes carreras teatrales y uno de los hombres que más han contado en el teatro moderno universal.

Unido intelectualmente a los naturalistas, la doctrina de Antoine fué la del realismo, a la cual se fué apegando más cada vez. Presentar las cosas en su más exacta realidad, esa era la preocupación principal, y quitar al actor la costumbre de esa falsa naturalidad o de esa afectación hinchada, aceptadas por el público como la única naturalidad posible.

El ha hecho el teatro más sencillo, rápido, conciso; que da tanta importancia al juego interior del actor como a las palabras, que buscan su interés más en los caracteres de los personajes que en los laberintos de la intriga o de la situación.

Esta manera tuvo su golpe y su contragolpe. Contra él se alzaron pocos años después los simbolistas, acusándole de ce-



Una de las decoraciones de «Aglavaine und Selyssette», montada por Reinhardt en el Deutsches Theater, de Berlín, en 1907,



En «El sueño de una noche de verano», en la Corte de Teseo, decorada al gusto barroco